

# REVISTA DE ARTE

Publicación bimestral de divulgación de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Chile

AÑO II



1935



NÚM. 7

## PRO Y CONTRA EN EL ARTE

*Desde hace diez años a esta parte el colonial quietismo artístico de nuestro ambiente ha sido violentamente sacudido. A los impulsos renovadores de la literatura, sobre todo de la poesía chilena, se sumaron poderosas corrientes que han agitado el medio en cuanto se interesa por las artes plásticas y la música. Venimos presenciando por cuarta vez un «Salón Oficial» que nos pone, con toda su inevitable gama de valores, frente a la visión de hoy; hemos calificado de «relativamente pobre» una temporada musical que nos ha dado sólo veintidós conciertos sinfónicos, contra tres o cuatro que se tenían por normales antes de 1928; la Universidad de Chile ha aprobado reglamentos que establecen en forma clara la fisonomía superior de los altos estudios artísticos. Cambio es éste, en el que advertimos nuevas orientaciones, mayor amplitud cultural, preocupación creciente por el arte, situación elevada para él y los que lo cultivan en el cuadro jerárquico de las actividades intelectuales del país.*

*Una transformación semejante no podía hacerse en tan breve lapso, sin el revuelo producido por sus consecuencias. Para muchos artistas de 1925, que hallaban posible seguir ignorando a Cézanne, a Debussy, a Picasso o a Strawinsky, que creían que el impresionismo de Don Juan Francisco González era ya una actitud plástica de extremistas y la armonía de la postguerra la disolución del arte musical, el cambio incontrarrestable les hizo valicinar catástrofes.*

*El período 1925-1935, la época de cambios en todas las actividades chilenas, políticas, económicas, sociales, es también el de mayor agitación en el campo del arte. Las fuerzas contenida que nos hacía anhelar otros marcos para muchos aspectos de la vida, se abrió camino, en artes plásticas, con la bandera de una cultura basada en lo que estaba vivo, y en música bajo la gigantesca figura de Sebastián Bach, el más ilustre desconocido para el ambiente sobrecargado de romanticismo superficial.*

*En 1928, en el templete helénico de la Quinta Normal, vimos por primera vez una exposición oficial que se abría a todos los credos modernos y que se asociaba a conciertos de música chilena contemporánea. El público acudió, desde entonces, cada día con mayor avidez a todo lo que se le ofreció, interesándose vivamente por cuanto le era dado en abono de una mayor cultura. En música, la ejecución del Oratorio de Navidad de Bach, en 1925, fué el comienzo de otra era, era que renovó el repertorio de los conciertos con todo el frescor de la música del pasado y de las creaciones del presente.*

*Como era natural preverlo, la crisis artística se tradujo en consecuencias positivas: cambios de personal, nuevos sistemas de organización de las entidades directivas. Así vimos, desde 1925 sucederse un Consejo de Enseñanza Musical, creado por un Decreto-Ley en ese año, una Dirección General de Enseñanza Artística, parte integrante de la Superintendencia de 1927, un Departamento del Ministerio en 1928 y una Facultad Universitaria a fines de 1929. Es decir que no podía ya prescindirse del estudio de las artes en ninguna de las organizaciones educacionales ensayadas y que su carácter propio y superior era reconocido al disponerse siempre para él de instituciones autónomas. El arte había crecido lo suficiente para no poder continuar como «hijo de familia» de cualquiera repartición ministerial.*

*La tempestad provocada por estos cambios abarcó como era natural todos los planos;*

cada cual tomó su altura propia y al combatir el nuevo nivel de las artes, algunos, los mejor cultivados, arremolinaron las nubes negras de una estética pesimista, para anunciarnos el próximo caos y los más terrestres, pretendieron a su modo empañar el ambiente, arrastrando torbellinos de polvo y de basura, que sólo podrían dar sensación de obscuridad a quienes se mantenían en ellos, con el pesado lastre de la ignorancia y de ver el arte tras de los intereses y de las conveniencias.

De este doble piso de luchas, la más elevada ha sido por desgracia la menor. Pocas personas han opuesto argumentos realmente ilustrados, reparando uno u otro aspecto del desarrollo de nuestro arte actual y los que se han hecho valer, han sido escuchados, por lo mismo que eran razonables y los que impulsaban las artes eran por lo general gente enamorada de la idea y no de cómo esta fuera realizada. Así hemos visto en los años sucesivos, irse morigerando los ímpetus de muchos, desaparecer poco a poco los recelarios exteriores de los primeros instantes, forzosamente algo teatrales. El medio ambiente, si nos atenemos a las estadísticas que hablan con números, no tuvo ningún rechazo de la renovación artística. No hemos oído silbar en los conciertos ni las obras modernas ni las antiguas, por el contrario, cada vez que nos ha tocado escuchar aún obras de avanzada, es inevitable que el público las haya hecho repetir. No hemos visto tampoco síntomas de disgusto entre el público de las exposiciones; si ha existido controversia estética, esta ha sido correcta, culta y poco a poco más comprensiva de los que no conocía.

La resistencia, en cambio, que se ha advertido como derivada de los hechos administrativos inevitables a que antes nos referimos, ha sido violenta, la única positiva, y la que mayor quehacer viene dando y la que cada día se mueve en un plano más bajo. De esta capa han salido panfletos, celadas ministeriales y parlamentarias, tinterilladas judiciales tan pintorescas, como la de acusar al Directorio de la Orquesta Sinfónica de haber empleado mal una subvención gubernativa, decretada en 1932 con cargo a la Ley de Cesantía, bajo el pretexto absurdo de no ser precisamente todos los ejecutantes de la orquesta literalmente cesantes.

En su afán de encubrir con aspectos honorables un simple desahogo de resentimientos personales, estos elementos se suelen arrojar todos los papeles que no les corresponden: el de artistas que velan por la «tradición» y que rasgan sus vestiduras ante un acorde demasiado aisonante o de un cuadro que no calce con la realidad fotográfica, el de ciudadanos integérrimos que velan por la moralidad pública, el de políticos que denuncian las conexiones conservadoras, liberales, socialistas o comunistas de los cuadros o de las sinfonías. Por otra parte, la actividad positiva de estos resentidos administrativos ha sido nula, no hemos podido constatar con obras valiosas, que el arte chileno al no contener a determinadas personas en su directiva oficial ha perdido colaboradores eficientes.

Desgraciadamente, es este constante surgir de mezquinas emboscadas (es cierto cada vez con menor resonancia) el que da a muchos la sensación de existir entre nosotros un pro y contra estético sumamente activo en el arte, una lucha encarnizada de tendencias que se combaten. No hay en verdad nada de esto en nuestras actividades y la controversia no es mayor en ellas que en otras, ni podría haberla desde que es un axioma histórico que el arte sigue la huella paralela de cada época, y al arte no han llegado seguramente mayor número de oposiciones que las que existen en la política o la literatura; tampoco es efectivo que haya una superexcitabilidad en pintores y músicos para tratar sus asuntos. Si de artes plásticas o de música pudiera alguna vez discutirse y entre personas entendidas, sería una lección provechosa. No tienen nuestras artes esta fortuna; los que en ellas trabajan se ven urgidos por la defensa ante denuncias ineptas, ante interpretaciones malévolas de lo más insospechado; pierden un tiempo precioso en contrarrestar la ociosidad de media docena de activos trajinantes ministeriales, poseídos de una morbosa pasión destructora de todo lo que no les cupo dirigir. Por suerte, el medio cultural tiene memoria, y a su entender pesa más una labor; doscientos conciertos sinfónicos dados por la Asociación Nacional en cinco años de trabajo, cuatro salones oficiales con una producción siempre fuerte; organización docente sólida, difusión cultural sostenida, con hechos que el público abona para apreciar que, a pesar de las denuncias y declamaciones, el arte chileno avanza, se organiza, se renueva y se arraiga en los nervios más hondos de nuestra vida nacional.